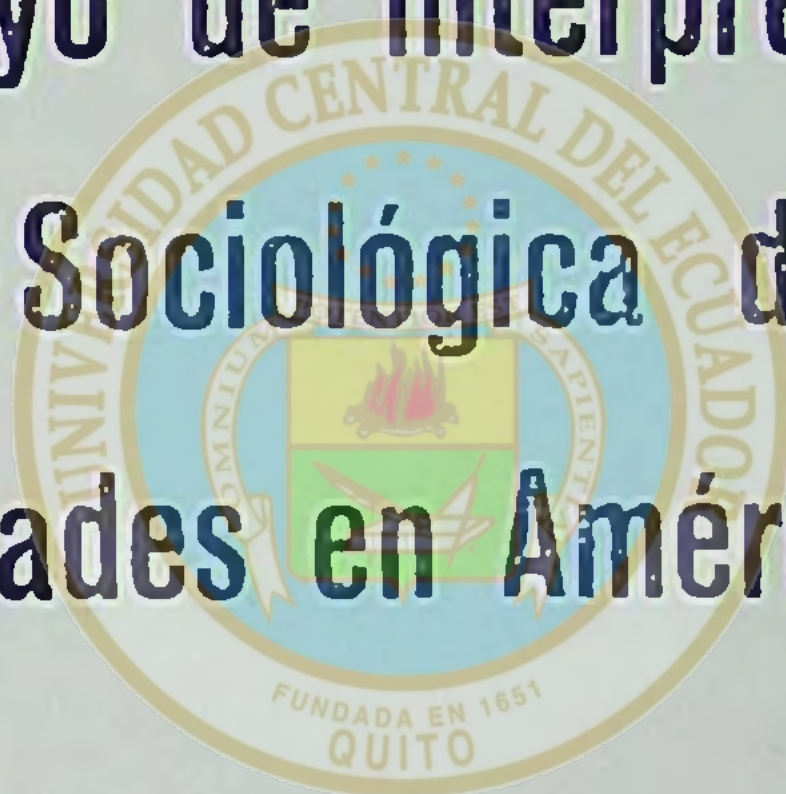


Por el Profesor de Sociología e Historia del
Derecho de la Universidad Central, _____

+ Sr. Dr. Víctor Gabriel Garcés=====

+ Ensayo de interpretación Histó-
rico-Sociológica de las nacio-
nalidades en América=====



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Señor Rector,
Señores Delegados Universitarios,
Señores:

Enunciar la posibilidad de un estudio sociológico entraña necesariamente la posibilidad de una realidad social, es decir, la existencia de individuos humanos en relación mutua, recíproca. El estudio del hombre, en su integridad fisiológica, por ejemplo, corresponderá a la antropología. La necesidad de comprender a la humanidad clasificada en grupos, determinada por relaciones de semejanza o de diferencia más objetiva que interna, hará surgir la etnología. El fenómeno humano, interhumano, más bien dicho; esa trama infinita de reacciones de los hombres entre sí; aquella variedad de influencias que los seres se ejercen inconsciente o voluntariamente, aquel proceder del individuo frente al grupo y las reacciones de éste frente a aquel, tal ha de ser el contenido panorámico de la vasta ciencia sociológica. Ciencia de perspectivas eternas. Disciplina hurgadora de realidades. Afán de explicación inmediata de cuanto acontece en el vivir colectivo, buscando causas, indagando razones, justificando motivos plenos y suficientes que aclaren el supuesto caos de todo lo que es social.

No hace falta, de ninguna manera, discutir la valía auténtica de una ciencia moderna cuyas proyecciones para un futuro cercano aún no podemos darnos cuenta. La sociología abrirá rumbos nuevos al conocimiento de la estructura profunda de los pueblos. Y podrá determinar la naturaleza particular de cada uno de ellos. Las agrupaciones humanas seguirán su camino de vida necesario, pero la ciencia descubrirá siempre el significado hondo y preciso de cada avance en el sendero, de cada vacilación en la marcha, de cada tropiezo no previsto.

Lo social tiene una complejidad asombrosa. Determinar

su virtualidad sustantiva debe ser, en primer término, nuestro objetivo. No podemos aplicar la consideración de lo social si no es en relación humana. El hombre solo, con una soledad más de espíritu que de materia, es la manifestación negativa de lo social. La soledad —ya la apuntó certeramente Simmel— tiene significado en función de sociedad, «como eco lejano de una sociedad», como añoranza, como recuerdo de anterior agregación. La ley de los opuestos psicológicos da sentido a la soledad: sin el concepto social, aunque solamente fuese en abstracción filosófica, no apreciaríamos el verdadero contenido de la soledad. El aislamiento, la individualización plena, la etapa feudalista de ensimismamiento personal psicofisiológico, da por resultado el desequilibrio de la armonía social. Pero la vida se desenvuelve fatalmente a través de etapas contradictorias de socialización. Es cierto. Pero la vida simplemente biológica, vegetativa. En cambio, la vitalidad del espíritu está supeditada necesariamente al perfil social, al matiz social. El desarrollo de las facultades mentales tiene valor en el sentido de su aprovechamiento colectivo, del asenso social. De otra manera, el pensamiento sepultado en las entrañas del ser que lo produce, sin trascendencia externa, sin eco social, no rinde eficacia alguna. El desenvolvimiento de la cultura de todos los tiempos ha sido posible precisamente porque el pensamiento de las generaciones, es decir, de etapas delimitadas temporalmente por un coeficiente de cultura común, ha ido plasmándose en realidades espirituales purificadas y clarificadas por la vida social.

Si, pues, la soledad puede ser considerada desde el campo de las apreciaciones sociológicas, por la necesaria referencia que sugiere con respecto a lo social, ¿qué no podremos decir de las manifestaciones positivas de la socialización, o sea, de los móviles que producen el fenómeno de la agregación de hombres sometidos al recíproco influjo de una acción interpsíquica inevitable?

Ensayemos, entonces, el estudio y la comprensión serena de estos fenómenos sociales, analizándolos de manera que nos sea dado penetrar en su esencia íntima, lo cual facilitará su conocimiento científico.

En primer término, lo social implica realidad objetiva. No puede hacerse especulaciones de metafísica social simplemente: hace falta el dato concreto —la realidad— sobre el que ha de indagarse y estudiarse.

Supuesta la necesidad de seres humanos, cuya actual presencia física favorece el intercambio de influencias modeladoras de lo social, tomemos como realidad las agrupaciones humanas que de cualquier modo se denominan hoy naciones americanas. Agrupaciones humanas; porque ellas constituyen fundamentalmente toda estructura social o política, toda manifestación de actividad o de ordenamiento de hombres, llámese como se llame. E interesa entonces estudiar el fenómeno humano, fenómeno complejo y arduo, desenvolvimiento de una gestión vital en el seno de todo un continente.

América es una fusión de razas. Desde un pasado misterioso hasta nuestros días, persiste un empeño biológico de modelar un tipo americano, étnicamente diferenciado. La primitiva mezcla de indios, blancos y negros, hecha desde la conquista, favorecida por ella, fué la fase para la mayor consolidación demográfica de los pueblos nuestros. ¿En qué grado se ha conseguido tal acción de fusiónamiento racial, qué resultado se ha obtenido? Muy grave interrogante para América. Permítasenos esbozar un análisis de la valía de los distintos aportes étnicos que convergieron al mundo nuevo, al de las Indias, y esbozarlo, no tanto como narración histórico-geográfica, sino como examen de situaciones psíquicas y sociológicas de los diversos grupos raciales que convivieron en América.

Indios, blancos y negros son los matices primarios de la población continental. El indio, ingrediente mayor cuantitativamente considerado. Sobre su contextura y caracteres, pasaremos por alto: está ya saturado el ambiente americano de literatura y ciencia indigenista, de última cosecha intelectual. Hay una poderosa corriente encaminada a indagar el fenómeno social aborígen, el del indígena de nuestras comarcas, y ya se conoce el resultado de estos balances de valores sociológicos.

El blanco vendría luego, dentro de una valoración precisa de aportes étnicos. El blanco venido de Iberia para la conquista, es decir, en misión histórica —hay que confesarlo. Sobre la importancia de este aporte humano fundamental para la población americana, habría que discurrir con detenimiento. Detenimiento obligado para analizar la psicología de los hombres pertenecientes a una raza históricamente formada, a través de largas centurias de desasosiego étnico. Y ese detenimiento, sobre todo, para estudiar a España y sus institu-

ciones y sus hombres —su hombre medio que hubo de hacerse audaz y aventurero como para aventuras transoceánicas— a la luz de la historia de aquel tiempo. El «homo europeus», variante de la clasificación universal del «homo sapiens», de Linneo, como quiera que se lo analice dentro de la antropología, ya es una resultante de infinitas variedades raciales. Y dentro de esas mismas variedades y matices, fuentes distintas de energía racial, ¿quién podría negar la existencia de caracteres, temperamentos, inclinaciones, modalidades psíquicas diversas que cada contenido étnico lleva consigo? ¿Los celtas y los árabes acaso no pusieron colorido temperamental a España? Europa entera estaba envuelta en olas raciales de muy distinta raíz. La Germania misma, preocupada de delicocefalia superior, rubia y aria, pueblo tradicionalmente convencido de grandeza racial, única y vencedora, ¿pudo quizás conservarse étnicamente distinta y, sobre todo, étnicamente unificada, sin que jamás manchara su progenie antropológica con sangre diversa, color distinto, morfología extraña, como acaso lo hiciera la invasión semita de que en la actualidad reniega?..... España, pues ya era una mezcla. Y de allí como de Portugal, cruzaron el mar de las Indias los conquistadores iberos para llegar a América indígena. El aporte blanco, ingrediente racial predominante, cualitativamente considerado, **hi**estaba hecho para el Nuevo Mundo.

El negro africano, material humano cotizable en larga etapa de la civilización, debió también venir a América, mercado sin competencia para las empresas exportadoras del «caoba» viviente..... Las necesidades industriales de aprovechamiento de la rara energía del hombre de color, avezado, adaptado fisiológicamente a los climas tropicales enervantes, exigió y determinó la demanda de aquella mercancía necesaria. Y aún las colonias rubias del Norte, con el recelo puritano de su contextura étnica, tuvieron que admitir al negro fornido y alegre, risueño a pesar de sus nostalgias ancestrales, para dedicarlo a la indispensable tarea, en las zonas adecuadas para el negro pero insoportables para el inglés de América. Por todas las estribaciones de América Hispana en donde el clima solicitaba al negro, se extendió este aporte racial traído del fondo inagotable del África ecuatorial.

En el seno de un continente comenzaron a convivir tres razas diferenciadas. A través de largos años y centurias de

colonialismo hispano-portugués, la raza conquistadora, por el mismo hecho de serlo, tenía que ejercer marcado predominio sobre las otras, sojuzgadas bajo su imperio. La circunstancia política de pertenecer los *blancos* a un Estado entonces poderoso, determinó naturalmente una situación de inferioridad inevitable para los pobladores nativos de América. No es la condición simplemente racial —de raza superior— la que operó cambios radicales en la fisonomía americana. La valía antropológica de los hombres de España no tenía por qué superar a la de los indios: al contrario, si de estimar al hombre en su pureza biológica se trata, el indio americano muestra su superioridad abrumadora. Hay que partir de las concepciones de cultura, en el hondo sentido del término, para aclarar las condiciones en que la conquista se realiza. Cultura estructurada en el molde imperante en la Europa del Renacimiento, la de España, debió traer a sus colonias las características propias de ese ciclo histórico, con más las peculiaridades inconfundibles de su modo de ser enteramente español. «El conquistador, el monje, el hacendado y el amanuense que poblaron América fueron hombres del Renacimiento, hombres desprendidos de la inmóvil síntesis de Roma, pero amantes de ella todavía, que traían a América su cuerpo desvaído» —dice, con frase hermosa, Waldo Frank. La cultura ibera del siglo XV y de los sucesivos encarnaba un ideal de expansión política irrefutable, es decir, un empeño de sobrepasar fronteras y de extender dominios, a tono, también, con la poderosa corriente económica de entonces que aconsejaba tener colonias, que da lo mismo que tener reservas inagotables y cuantiosas fuentes de producción y de riqueza. «La inmóvil síntesis de Roma», además, exigía perentoriamente la conquista de las almas de los indios, no acostumbrados a deidades metafísicas sino a la plena realidad de un dios —Sol, del que dependían hasta políticamente con la reencarnación de la divinidad en la hierática figura de los Incas; o —como los aztecas— conformes con su politeísmo antropomórfico asequible a sus mentalidades, incipientes aún para las lucubraciones religiosas.

Con la conquista de América se estabiliza el movimiento político en España. Satisfizo, además, el anhelo de españolizar a un muddo. Españolizarlo, es decir, dotarle de cualidades propias de su natural contextura: idioma, religión, costumbres y aún defectos auténticamente suyos.

Interesa sobremanera indagar en la realidad histórica y social el proceso de formación de una España extendida hacia América, para apreciar justamente la trascendencia de la función conquistadora que, en una hora iluminada del mundo, le correspondió al imperio de Fernando VII y de Carlos V; interesa comparar esta acción ibérica, porque incluso tomamos a Portugal, con la obra de Inglaterra en sus colonias del Norte. No podemos hacerlo ahora, muy a pesar de constituir capítulos interesantes de una sociología americana que apoyaría sus premisas en la irrefutable determinación de la historia.

Junto al indio que adormece su anterior vigor racial, en una como represión de sus energías; junto al negro que traslada su ambiente originario africano a las tierras húmedas y ardorosas de nuestro Continente, labra su futuro el español americanizado. ¿Pero cómo lo hace, de qué manera? ¿Interviene en esta gestión de porvenir, y sobre todo de porvenir económico, ya que el blanco se hizo dueño de las tierras, una primera cooperación de los distintos elementos étnicos que habitaron América? ¿Surge una ayuda mutua, un intercambio de actitudes entre las distintas categorías de hombres establecidos en nuestro Continente? ¿El indio, el blanco y el negro, aportan, cada cual en la medida de sus posibilidades psíquicas, un contingente de energía, una fuerza primaria que favorezca posteriores realizaciones de carácter social? Constar afirmativamente a esas interrogaciones, sería comprobar la evidente iniciación de una organización social en América.

Dentro de la configuración esencialmente política de las colonias, bien sabido es que todas pertenecieron al Estado monárquico español, así como Brasil correspondió políticamente a Portugal. La vinculación existente entre la metrópoli y los pueblos americanos no era, no podía ser otra, que la que presta el título adquisitivo de dominio, la ocupación primera de territorios *res nullius*, ya que se reputaban en esta calidad las tierras habitadas por «salvajes o bárbaros». Luego, las corrientes culturales de entonces obligaban al Estado dueño a desplegar una actividad encaminada a la protección de los súbditos, a su mejoramiento, a realizar una tutela humana en favor de los «incapaces» pobladores de las comarcas conquistadas. Toda una extensa trama jurídico-ética, con postulados de esta índole, encerraba aquel cuerpo de legislación y de justicia denominada «Leyes de Indias». No vamos

tampoco, a buscar la comprobación histórica de cómo estos mandatos y prescripciones se cumplieron en América: extensa es la literatura a este respecto.

La división administrativa de las colonias, geográficamente separadas unas de otras por grandes extensiones de tierras, debió corresponder precisamente a una necesidad de administrarlas en la mejor forma posible; de otra manera, habría bastado un solo Virreynato, pongamos por caso. Esta consideración fundamental, exigió el reparto o división político-administrativa de América en multitud de subestados, relativamente independientes entre sí, pero sometidos todos a una sola entidad política soberana: la metrópoli española.

Nos es indispensable ahora examinar la situación social, el desarrollo cuantitativo de las poblaciones, su desenvolvimiento integral, su faz sociológico-histórica en relación con el fenómeno político, para buscar situaciones necesarias en el surgir paulatino y lento de las nacionalidades americanas.

El español, conquistador, luego hacendado, industrial, comerciante, hombre de mundo —pero de ese mundo concretado a escasas realidades de valor especulativo—, hombre de cultura —pero una cultura en el sentido spengleriano, es decir, técnica vital adecuada al momento histórico— tenía que superar al indio y al negro. Al indio, porque se impuso sobre él y lo atemorizó y sometió. Al negro, porque a pesar de su altanería característica, no tiene el suficiente sentimiento de clase, de grupo, que da vigor formal a la colectividad en que se vive. El español estaba mucho más apto para un pronto aprovechamiento de su energía así individual como social. Y fué él precisamente quien había de formar la jerarquía dominadora en el vivir colectivo de los pueblos de América. En lo político, en lo social, en lo económico, en toda esfera de actividad, el blanco en primer lugar. El indio superior en número, se replegó a las quiebras andinas, o se adentro en la inmensidad inhollada de la selva. El negro, que llegó al último, no era estorbo mayor porque vivía confinado en determinadas zonas territoriales. El blanco, pues, se enseñoreó de sus dominios.

De Europa vinieron entonces los hombres a probar fortuna. Pocos al principio; en grandes cantidades, más tarde. La buena nueva de las riquezas insospechadas de América, alucinó a los hispanos, que resolvieron su suerte saltando

sobre el mar Atlántico. Formaron clase, colectividad. Vinculados entre sí por la identidad de lengua, religión, anhelos o ambiciones; estrechados por los lazos ancestrales de audacia y aventura —como que el moro surgiera de repente— llegaron al mundo de Colón y se desparramaron por su suelo ubérrimo, en una premeditada acometividad de colonos primerizos. Alejados realmente unos de otros por las necesidades del reparto de tierras, estaban en cambio unidos en el afán utilitarista, en el deseo de estrujar hondamente el suelo para hacerlo cuajar bienes y riquezas. Modalidad agraria, económica, es la predominante en el agregado hispano adherido a América. El trabajo rudo hizo necesitar de hombres: allí estaba el indio para las regiones claras y el negro para las hoscas regiones de clima ardiente. Al indio había que atraerle de todas maneras, suavizando el gesto huraño, extendiendo quizás la mano en ademán compasivo. Porque el indio es sugestionable. Si su espíritu amodorrado no vibra ni eclosiona en brotes que revelen su predominio, porque no reacciona ante estímulos internos, en cambio su mirada inquiere el brillo, gusta de sensaciones vivas que impresionan superficialmente sus retinas.

Así fué posible atraer al indio: sugestionándole. Acercamiento lento, temeroso y desconfiado, que no ha podido modificarse en largos años de vida.

De cualquiera manera que haya sucedido, el hecho histórico exacto es el relativo acercamiento del indígena, o del blanco hacia éste, en las proporciones necesarias para que se realicen fenómenos sociales importantísimos, tanto en el aspecto económico, encomendado al indio de preferencia, cuanto en la oportunidad ofrecida para un mestizaje racial inevitable. Inevitable como hecho biológico y como actitud compensadora del sensualismo atávico de los hombres hispanos.

El mestizaje fué un hecho real en la colonia. Lo comprueba el surgir de modalidades varias de individuos así en su aspecto externo, de coloración y de contextura objetiva, como en las manifestaciones psíquicas distintas de las de sus progenitores étnicos. El mestizo es un individuo americano, con condiciones propias. Al igual también que el mulato, que asoma por la mezcla irremediable del negro con el blanco y con el indio, para dar lugar a una serie numerosa de productos cruzados de distinto grado. Es interesante anotar, en este aspecto, que la Legislación española de Indias, ante la

realidad de las uniones entre distintos componentes humanos de las colonias, reglamentó debidamente estas relaciones, tratando en lo posible de eliminar la poligamia indígena casi generalizada, así como la inmoral costumbre de los súbditos blancos que comenzaron a vivir con indias hasta públicamente Abundantes son los documentos histórico-legales al respecto. En la Instrucción para el Gobernador u Oficiales sobre el Gobierno de las Indias, lo que en ellas se debe observar, dada en 29 de marzo de 1503, se lee: «Otro sí: Mandamos que el dicho Nuestro Gobernador e las personas que por él fuesen nombradas para tener cargo de las dichas poblaciones, e así mismo los dichos Capellanes, procuren como los dichos indios se casen con sus mujeres en haz de la Santa Madre Iglesia; e que así mismo procuren que algunos cristianos se casen con algunas mujeres indias, e las mujeres cristianas, con algunos indios» En 1514 se sustenta en una Provisión de 19 de octubre: «D. Fernando doy licencia e facultad a cualquiera personas naturales destos dichos Reynos, para que libremente se puedan casar con mujeres naturales desa dicha isla syn caer ni yncurrir por ello en pena alguna»

El mestizaje étnico fué un fenómeno evidente en América. La repulsión racial que tanto vigor de alejamiento ahonda en otros pueblos, no tuvo auge mayor en las colonias hispanas. Y los resultados de tres siglos de lenta mezcla de sangres se concretan en la realidad de un mestizaje acentuado, cuyo matiz americano auténtico va delineándose a través de los tiempos y en relación directa, además, con las modalidades que los pueblos de América adquirieron para perfilar sus personalidades en un empeño de responsabilizar un porvenir continental y nacional. Modificaciones por el factor tiempo, por el ciclo histórico que se vive; modificaciones innegables en el mestizo especialmente, ya que es de su virtualidad ejemplar adaptarse a las condiciones de su tiempo, de su época vital, de su edad. Pero el mestizo sufre también la acción modificadora del factor espacial, geográfico. Influencia cierta para la universalidad de los seres, así en la concepción spenceriana de la vida, orgánica y superorgánica, como en las elevadas teorías bioclimáticas modernas que sistematizan los valores espirituales en relación inmediata con el ambiente externo que rodea a los individuos. Y ninguna región de la tierra parece mejor para ejercitar estos influjos poderosos que

América, que el medio ambiental americano. Por todas las diversas secciones del Continente, inmensa variedad de climas y paisajes, ha difundido el hombre, pero un hombre apegado a su medio, un hombre adherido fisiológica y psíquicamente al lugar en que forja su realidad vital. El mundo circundante, según la concepción de Von Huesköl, aquel trozo de realidad biológica del mundo, de nuestro mundo, está de tal manera identificado con nosotros, que constituimos ya parte esencial de su naturaleza. Ello explicaría, pues, el fenómeno corriente en América de cierta diversificación temperamental y colectiva de determinados grupos humanos, identificados con su medio, con su mundo. El gaucho, y el compadrito; el huaso y el roto; el llanero; el charro y el lépero y el chagra, tienen un simbolismo de representación inmediata en la realidad objetiva, ambiental, de las secciones territoriales en que viven.

El mestizo americano, creación colonial, forjó una fuerza psíquica adecuada a su temperamento, a su efectividad. Heredero de las modalidades del español, su ansia aventurera y audaz, y heredero además del profundo sentido terrígeno del indio, en su alma de mestizo debía operarse milagros de contradicción eterna, de dualismo, de insatisfacción constante. Y esa nueva energía psíquica debía perfilar una trayectoria hasta entonces desconocida en América: la formación lenta de una fuerza, no ya psíquica simplemente, sino estructurada con caracteres de social. Vaga, confusa, sin estereotiparse en efectividad dinámica, pero ya una fuerza al fin. Fuerza que al rodar de los tiempos había de buscar caminos de expansión energética, racial.

Pero junto al español y al mestizo subsistía una gran masa humana a la que no llegó prácticamente la acción del cruzamiento. No podemos perder de vista esta circunstancia: la impermeabilidad de un sector de población continental que iba quedando al margen de toda expectativa de cambio, de mutación psíquico-social.

Manifestaciones de un influjo viviente en las entrañas de los pueblos que comenzaban ya a sentir el desarrollo de sus energías, no surgen sino tarde. Quizás en aquel momento histórico en que se pretende hacer germinar en América un ideal libertario, de emancipación política de España. Miranda, empapado en corrientes europeas, nacidas de la Revolución Francesa, enciende un faro de inmensas proyecciones en el

mundo de Colón. Pocos hombres entendieron hondamente tan altas concepciones políticas. Espejo, entre nosotros, hace obra fervorosa. El gran mestizo intuye admirablemente en el futuro americano. Y su obra es grito de la raza y el surgir de esa energía latente forjada en largos años de vida colectiva.

Pero la hora de América no llegaba aún. Hizo falta la reencarnación de tan altos espíritus en las figuras próceras de los Bolívar, de los O'Higgins, de los San Martín. El movimiento emancipador americano fulmina una hipóbole de vida continental nueva.

También en esta hora del Nuevo Mundo, como aquella de la conquista, merecería hondo estudio sociológico: una reconstrucción histórica del movimiento político, sincrónicamente con el proceso evolutivo de lo social americano. Sería bueno averiguar clara y categóricamente si la acción liberadora del tutelaje hispano, respondió a un imperativo ético encendido en el fondo de la conciencia de nuestros pueblos, o acaso en la simple emotividad creadora de los magnos iluminados de América.....



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Lo político, la manifestación ética del orden, como forma fundamental en el vivir colectivo, es un proceso necesario y evidente. Es una etapa del desarrollo social, una culminación de lo social. ¿Cómo ha marchado el fenómeno político en América con relación al modo de evolucionar la sociedad? Si intentásemos establecer un paralelo entre lo político y lo social, veríamos seguramente cambios y saltos en el recorrido. Fijemos la atención en un sentido de proporciones, es decir, en un sentido de correspondencia de las etapas sociales predominantes en un ciclo histórico y el tipo político que le es correlativo. Porque ya es sabido, dentro de las valoraciones sociológicas modernas, el significado de una horda, del clan, de la tribu totémica, de la superextensión familiar y de la sociedad propiamente dicha, con relación al principio de autoridad que rige en cada distinta etapa de estructura social. De otro modo, no podríamos nunca hallar relaciones entre

fenómenos sociales; ni sería posible tampoco delinear los contenidos integrales de la cultura de los pueblos.

Antes de la conquista, América libre poseía su forma propia de autoridad, en los distintos imperios y estados del continente indígena. Y correspondió a esta etapa una forma social precisa, en cierto modo comunal con los Incas. Y el ciclo cultural del Incario tiene sus contornos definidos, como los tuvo la cultura azteca, cuya modalidad social y política nos es también conocida. Con la conquista española se establece una pugna más política que social: política, porque la actitud dominadora se impuso, obedeciendo quizás a superioridad técnica de aplicación de normas y principios que postulaba la cultura hispana de entonces. En la colonia se establece un proceso que tiende al equilibrio político-social, aunque lo político rebase necesariamente las fronteras de su propia contextura. Y desde la independencia americana surgen modalidades nuevas para el contenido político y social de los pueblos del Nuevo Mundo.

En el panorama político se advierte la modalidad republicana de los estados del continente americano, como resultado inmediato del movimiento de liberación. No queremos tampoco discurrir sobre la importancia de las formas de Gobierno, formas políticas que estructuran a los estados en América. Sabemos del contenido de la democracia, y sabemos, sobre todo, de las rectificaciones profundas de la democracia moderna. ¿Vivimos políticamente un régimen de democracia, pero una democracia eficazmente concebida y adaptada a las peculiaridades de América?..... ¿Hemos instaurado regímenes propios de acción de estado, de acción política, a tono con las urgencias de la realidad social americana, en algún instante de nuestro vivir independiente?..... He ahí graves problemas que hace falta resolver.

El panorama social americano es múltiple, complejo. Tarea ardua sería concretar sintéticamente una perspectiva continental del desenvolvimiento de las sociedades y los pueblos. Socialmente, es decir, con materia para postulados sociológicos, América nuestra reservas inagotables. Muchos hombres de ciencia, estudiosos y sociólogos entusiastas, especialmente en estos últimos años, se empeñan por descubrir la realidad americana, pero una realidad social nuestra, sentida como nuestra y vista serenamente como nuestra. No una realidad metafísica o simplemente sentimental. No un empe-

ño de divagar sobre motivos americanos, y divagar en tono y en voz y en espíritu extranjeros..... ¿Qué dará por resultado en este balance inmenso de actividades y energías de un continente?

Con la independencia política, se abren las puertas de América para la corriente inmigratoria que llega de Europa. Y es un nuevo factor étnico y social el que comienza también a ejercer su predominio evidente en los pueblos americanos. Los países costaneros del Atlántico reciben pronto este valioso aporte humano, en proporciones inmensamente mayores a los del Pacífico. La Argentina, sobre todos los demás pueblos, atrae a los europeos de todos los matices étnicos con el imán infinito de su pampa. Pampa que había de modelar un ciclo nuevo de cultura, apenas tuviese riego fecundador y pródigo. Y sólo Magallanes —tierra inhóspita y cruel— escapa a la acción del milagro cosmopolita. Brasil, Uruguay, son pueblos que arrigan su plan inmigratorio sobre bases europeas. Mientras el resto de América quizás recibe los rezagos de humanidad que no halló acomodo en aquellos países..... Debemos hacer notar que en este aporte humano —así lo declara el profesor argentino Alfredo Colmo, en su «América Latina»—, aporte compuesto de hombres mejor estructurados técnicamente para la lucha que los mismos españoles, comienzan a desplazarlos de las funciones que ejercitan en América: son tal vez más aptos o más hábiles que los hispanos y, entonces, se imponen. Ningún país más rico, en este sentido de adaptación rápida del factor humano al medio ambiente, que el gran país del Plata. Europa puesta en la Argentina crea un tipo nuevo de argentinidad neta; absorbe al indígena, lo entremezcla, matiza su gauchismo, sacude su sopor ancestral y transforma la raza. «Milagro de la raza latina»—expresó Ruy Barbosa al contemplar a Buenos Aires. Milagro de todas las razas, más justamente; milagro de América que sabe igualar a los hombres en sus condiciones étnicas, «por irreductibles que sean las razas a las que pertenezcan», con frase de García Calderón.

En cuanto a los demás pueblos americanos, la inmigración es escasa, casi nula. Subsisten en una multiplicación paulatina de sus anteriores ramas étnicas. Se desenvuelven y se agitan en una difícil superación de sus propios destinos. Hacen su vida, una vida azarosa y sacudida por eternas inquietudes que no llegan a plasmarse en realidades.

Dentro de lo característicamente social, es decir, el desarrollo cotidiano de las energías interhumanas, colectivas, se observa una saturación indefinida de actitud simplemente de Estado, de gestión política. Pero ya advertimos antes que la política, como estructuración necesaria de los contenidos éticos de los pueblos, es un proceso paralelo al fenómeno social. Pero en América sólo se vive políticamente, sin que importe que se muera socialmente. La política tiene arraigo en la conciencia de los que saben hacerla: la masa, el grupo humano total, contempla simplemente, desde la lejana realidad de su vida, el ininterrumpido hacer político. Un hacer acomodado a planes de interés o de lucro. Una política que ya la han señalado como propia de este continente exasperado, ingobernable, insatisfecho; de este mundo del «tercer día de la creación», según la frase acerada y dura de Keyserling.

Lo social americano, pues, converge a lo político. Las tramas económicas de los pueblos, el cotidiano afanar de las colectividades americanas por crearse porvenir, el despertar del espíritu social, la siembra de ideas y de etapas de cultura, las campañas educativas, los problemas de defensa contra la desintegración que denominamos nacionalista, todo ello y mucho más, que es exacto y cierto como realidad social en nuestro continente, se halla supeditado a lo político, a acción del Estado. ¿Pero qué denuncia esta superación evidente de este fenómeno exhaustivo y universal? ¿Qué significa esta preponderancia agotadora del Estado sobre lo simplemente social, sin caparazones de violencia y coacción, sin esferas éticas o no éticas, que en fin de fines se concreta en lo que denominamos la acción política en América..... ¿Será verdad que nuestra política es de caudillismo y de tiranía denigradora de toda democracia, como ya lo han dicho dolorosamente tantos defraudados de los destinos de nuestro continente? ¿Será que estamos en era de gesta, de integración, pleno proceso formativo en que necesitamos del vigor poderoso, de la mano férrea de los gobiernos duros de América? ¿Por qué el *ethos* griego, de pureza extraordinaria y cabal, no ha podido desarrollar entre nosotros sino como un *pathos* denunciador de morbos continental? ¿Por qué --sobre todo-- no surge aún la reacción, de profundo eco social, grito de los pueblos con la responsabilidad de los destinos continentales?.....

Méjico, pueblo revolucionario; Centroamérica, sojuzgada por la política yanqui; Cuba en etapa dictatorial; Venezuela,

de igual manera; Colombia, en desasosiegos internacionales —interestatales diríamos mejor—; Ecuador, desatinado en su presente, como herencia de un pasado político malo, por decir lo menos; Perú, en juguetes gubernamentales y en conflictos también interestatales; Chile, con interinazgo de paz; Bolivia y Paraguay, en guerra; Uruguay, con novísima dictadura; Argentina, restaurando pasados desastres; Brasil, con recientes guerras internas.....! Panorama dantesco el de todo un continente, como que una fatalidad pesara sobre él de modo inexorable! Y siempre la política, más demoledora que constructiva, más desordenada que sistemática. Vale más en América el Bolívar batallador y guerrero, San Martín, Sucre, Martí, Artigas, Morazán, Itúrbide, todos los capitanes aureolados de heroísmo bélico, que aquellos mismos hombres—grandes, no hay duda— en su faz creadora, pacífica, llena de alientos civilistas, rotulada de amor y de concordia americana. Nuestra historia, así nacional como continental, es de sentido heroico siempre, narración detallada de batallas ciclópeas, estructura espartana o cesárea; pero no es el lento recorrer del pueblo, en su pasado doloroso, en su presente vacilante, hacia un porvenir que quiere asegurarle. La Patria tiene en América un contenido esencialmente emotivo y sentimental: ella nos sugiere, antes que nada, la evocación heroica o la realidad presente de ejércitos poderosos e invencibles. Idea bélica, concepto guerrero, determinación trágica: tal es la Patria en América. Secundariamente, muy después, advertimos en la Patria una realidad tangible y concreta: aquella que surge como un imperativo de amor, pero de amor fecundo que interesaría nuestra acción, antes que la inacción suicida a la que estamos acostumbrados. Y la política participa, entonces, de análoga contextura y no puede dejar de ser sino lo que es realmente: acción dura y violenta, desconectada de la realidad social, apartada de sus lógicos fines, sin ambiente, sin finalidad determinada, contingente y fatal.

Y de este fondo obscuro, obscuro desde siempre, es de donde han surgido las nacionalidades americanas. ¿Pero qué han sido y qué son estas naciones americanas?

Sobre el aporte indígena nativo, cuyo pasado auténtico apenas ahora lo estamos revalidando, se sumó el blanco, se matizó con el negro, logrando en tres centurias relativo mestizaje. Esta porción humana heterogénea en su contextura étnica y peor aún en su psicología de grupo, asentada en te-

territorios enormes, con diferenciaciones geográficas más o menos marcadas, tal es el origen de las naciones del continente. Nación, tomada en su sentido primario como estructura humana para creaciones de orden político, para acomodamiento de la esfera estatal. Porque se ha tomado a la nacionalidad, y esto no solamente en América sino en Europa, como elemento humano y territorial necesario para modelar al Estado. De tal manera que el concepto de nación —originariamente, de nacer— ha ido modificando su contenido en la medida que se modificaba también el criterio de Estado. La clásica idea de los componentes estatales concretados en la población, territorio y la soberanía ha sufrido hondas crisis. Sobre todo en lo que respecta a la soberanía. Podríamos multiplicar las citas sobre esta materia, pero ello sería ocioso. Bástenos simplemente recordar que la soberanía —como hace notar en un erudito estudio nuevo, el Licenciado Oscar Rabasa, mexicano— ha ido desde un ciclo de trascendentalismo, origen divino de la potestad, de la autoridad, pasando por el criterio de «imperium» radicado en el príncipe, hasta las nociones de la suprema autoridad nacida en el pueblo y que refluye a él en virtud de los ya clásicos derechos de la representación. Y llega a una faz convulsionadora del viejo credo del Derecho Político y la Teoría del Estado, que modifica y revé su naturaleza para considerarlo como una empresa de servicios públicos, control de servicios, sindicalismo estatal con base de acción esencialmente técnica. Desde las lucubraciones ético-políticas de Platón y Aristóteles; desde Maquiavelo y Rousseau y Montesquieu que elaboran doctrina política; desde Kant que hace sistema filosófico sobre una ética profunda de los pueblos; desde los economistas y filósofos utilitaristas ingleses que modifican la base propia del Estado; desde el afán romántico idealista de Hegel y sus continuadores; desde el monismo determinista de Marx; desde Krause, Costa, Giner, Posada, Duguit, Hauriou, Wilson, Kelssen y tantos tratadistas de Derecho; es decir, desde siempre y hasta ahora, el Estado toma asiento en una realidad objetiva, geográfica quizás, que después de muchos nombres e infinita variedad de conceptos ha llegado a constituir la *nación*.

Pero esta realidad solamente se la ha tomado, para su estudio, desde el mirador apasionado de la política —como ciencia o como arte— y no desde su auténtico punto de vista: la Sociología. Porque la nación, ante todo y sobre todo, es

una realidad social, una colectividad, masa o como quiera llamarse. Y procede entonces ensayar ligeramente su virtualidad sustantiva dentro de la consideración de la ciencia de las sociedades.

La sociedad, su concepto, como aquel de su adjetivo, social, es un complejo. Complejo difícil, pero fecundo en consideraciones sociológicas. Sociedad denota ordenamiento, organización humana. De otro modo, habrá horda, habrá manada. No reputamos sociedad, en sentido estricto, a los agregados animales que no pueden escapar a la coacción de la especie, por más que la valiosa autoridad del sociólogo Espinas, apoyado en los criterios de zoólogos y naturalistas famosos, quiera hallar posibilidad sociológica en las «sociedades» de animales. La sociedad humana, y solamente ella, para ser tal, requeriría de un primer principio de orden: de allí arranca la necesidad primaria de lo político. La agrupación de seres conscientes, dotados de espíritu, aunque con distinto grado de evolución de esa misma erpiritualidad, hace nacer un modo especial de juzgarse a la sociedad: como un producto de orden exclusivamente espiritual. Los sociólogos psicologistas defienden su postulado, mientras que los que piensan que las sociedades participan de la naturaleza de lo orgánico, con Spencer a la cabeza, continuadores de una doctrina biológica que sistematiza Darwin, creen en una especie de determinismo vital al que está sometido esta creación llamada sociedad. Pero la Sociología nueva quiere destruir dogmatismos, sean de cualquiera naturaleza, elaborando doctrinas realistas, doctrinas más conformes con la evidencia social. No hace falta extendernos en estas consideraciones. Basta afirmar que la ciencia sitúa su campo de acción allí donde halla factor humano unificado por influencias interpsíquicas. Al Robinsón solitario, a los modernos robinsones —el extraño navegante, Alain Gervault, por ejemplo— ha de estudiarlos más la psicología que la Sociología. Esta ciencia apenas podría ejemplificar su soledad como reacción de los impulsos internos, quizás por aberraciones psicopáticas, que hacen al hombre buscar el aislamiento. Algo análogo a lo que acontece, en el mundo de las determinaciones psíquicas, con los hombres de genio o con los criminales: son individuos asociales, es decir, hombres solitarios dentro de las consideraciones de vida del espíritu.

La sociedad es, pues, una estructura cualitativamente diferenciada de toda otra creación humana, precaria y sin ordenamiento relativo. El proceso evolutivo de la sociedad es sintomáticamente lógico, cronológico además. Es un camino a seguirse, paulatino, necesario. Alteraciones en la ruta —tendríamos el ejemplo de pueblos históricos en períodos de regresión social— significan la ruptura de un equilibrio social. La sociedad tiene un vigor motriz, una fuerza aspecífica —la sinergia, de Ward— que mueve sus fibras más íntimas. Sobre la naturaleza de esta fuerza ha habido discusiones inmensas entre los sociólogos: unos que le dan tintes orgánicos, superorgánicos; otros que le asignan caracteres psíquicos; muchos que hallan fenómenos cósmicos, aquellos que la llaman simplemente vital; etc. Nosotros le llamaremos con su propio nombre: social, fuerza social, sin que busquemos sutilmente su naturaleza intrínseca.

Pero los factores que concurren a formar esta fuerza son de distinta indole. El pasado, la tradición, esa misteriosa «fuerza de los muertos», como decía nuestro viejo maestro, Agustín Cueva, por un lado; el anhelo eterno de renovación y de reforma, —la «invención», que llamara Tarde— por otro. La resultante de esta competencia de subfuerzas y tantas otras que obran en la trama de una sociedad, dará el proceso social, el estancamiento o la regresión social, según como actúen y las direcciones que lleven estas fuerzas.

Cuantitativamente consideradas, las sociedades serían múltiples: desde la familia —no simplemente en su faz monogámica actual, sino en su amplitud biológica y natural—, hasta la mayor sociedad hasta ahora estructurada teleológicamente: la nación.

No podemos olvidar, tampoco, que modelan y obran realmente para dar cierto modo de ser a la nación factores étnicos, geográficos, económicos, etc. Son condicionantes de un rumbo social, encauzadores de una aptitud colectiva; así como puede alterar profundamente la fisonomía y la personalidad familiar la naturaleza biológica de los individuos que la forman, el hogar que propicie su medio ambiente y las condiciones de valorización monetaria de su vivir, o sea su *standard vital*.

La nación tiene doble valor: objetivo y subjetivo. El uno, de configuración formal, aspecto social externo, fenómeno real y evidente: se descubre en la narración geográfica e

histórica de los pueblos. El otro, de modalidad subjetiva, interna, manera de actuar en la profundidad del proceso social, cuya virtualidad encarna un contenido de conciencia colectiva: se lo estudia a la luz de una filosofía o de una ética sociales.

Aplicando concretamente estos esbozos de explicación sociológica de la nación, ¿qué podremos concluir respecto del fenómeno nacional de América?

Habíamos enunciado ya que el fenómeno social americano, sólo puede apreciarse a través de lo político. Y apreciarse, entonces, entremezclado y aún deformado por esta acción inexpugnable e intrincada.

Frente a la realidad de nuestros pueblos, tradicionalmente conocidos como inexpertos y débiles —pueblos niños, se dice— se ha alzado una política dura, caracterizada por gobiernos minoritarios dentro del sentir colectivo de la entidad en donde actúan. Esa falta de opinión que respalda con su fuerza —fuerza social— a los gobiernos de América, denunciaría una de estas dos cosas: o que la tal opinión no existe en América, o que si existe, se halla amortiguada y sometida también al canon político. No sabríamos descifrar el preciso significado de aquella corriente que predica contra las actitudes políticas de los hombres: ni el niño, ni el joven, ni el maestro, ni el estudiante, ni el soldado, ni el sacerdote, nadie debe hacer «política». Esa *postura* es cómoda para los especializados, para los preparados. Ellos saben hacerla de un modo correcto y desinteresado. El pueblo recibe ya hecha la política: no le toca hacerla, no le incumbe realizarla en el fondo de sus masas; no. La política americana surge de las camarillas, de los círculos oficiales, cuando no de los cuarteles en donde se gesta el porvenir de un continente..... La falta de civismo, esa mortal ignorancia de nuestras necesidades íntimas, el desconocimiento de nuestras realidades, la imprescindible exigencia de la coacción para todo lo simplemente moral o ético, ¿no manifiesta claramente esta dolorosa falta de conciencia de nuestros propios destinos? ¿No se anota, entonces, una desconexión total entre el Estado y la nación, tomada ésta en su significado profundamente sociológico?.....

Dentro de las concepciones de psicología colectiva, apenas si pueden hallarse en estos años últimos, con el surgir de generaciones nuevas de estudiosos de nuestra realidad, ensayos de interpretación de la formación espiritual que caracteriza

a los distintos países de América. Pero es que la ciencia, la literatura —fenómenos representativos de la cultura social de un tiempo y de un pueblo— ¿han tenido también que seguir el molde trazado para todas las actividades de los hombres de nuestro continente? La literatura, ¿ha estado, pues, al servicio de los intereses del Estado? Y lo que podríamos llamar ciencia —no nuestra, por cierto, porque tenemos que alimentarnos espiritualmente en la vieja cultura europea—, ¿se ha sometido a los rumbos políticos?..... ¿Qué significa la literatura de matiz heroico, primero, y luego de exotismo, de extranjerismo, de lejanía, sino un apartamiento deliberado e inconsciente de toda realidad americana? ¿Y qué nos demuestra esa actitud de los hombres de valer científico —sean éstos estadistas, economistas, sociólogos— que hacen ciencia ad-hoc, ciencia al servicio de fines preestablecidos o, lo que es peor aún, ciencia para justificar las dictaduras en América? ...

El gran pensador español, Ortega y Gasset, en su maravilloso ensayo sobre Kant, estudia la configuración psicológica del hombre germano, cuyo valor máximo puede hallarse en el filósofo de Koenigsberg. Anota el modo de ser del alemán: es un hombre de vida interior, de introversión profunda, de meditación reflexiva; es un ser consciente de su yo, de su mundo interno. Todo concepto de la realidad externa, de aquello que rodea al individuo, cae bajo el examen minucioso de su propio ambiente psíquico; de tal manera que el germano juzga lo externo a través del matiz de su subjetividad. Y esta condición del hombre alemán, se ha hecho también característica del pueblo, del país entero. En efecto, la convicción ortegueana se justificaría claramente con sólo saber que ningún pueblo ha superado al alemán en su producción filosófica profunda. Esta misma cualidad se ve justificada en el gran libro de Keyserling: «Análisis espectral de un Continente». Pero los hombres meridionales, los latinos, y los pueblos por ellos formados, proceden a la inversa: primero aspiran a conocer lo externo, lo objetivo, lo que rodea al sujeto cognoscente; darse cuenta de lo extraindividual, de lo ajeno. Y entonces, bajo este modo de apreciar y de juzgar las cosas, quieren conocerse a sí mismos; modelar la conciencia de su yo. Creemos sinceramente que algo igual acontece en América —pueblos latinos también, en cierto sentido—. Y acontece, así mismo individual y socialmente. No nos conocemos a nosotros mismos, porque hemos ocupado nuestra fuerza in-

vestigadora —si acaso la hemos tenido— en tratar de conocer a todo lo que no es nuestro. La meditación individual o, en su caso, la reflexión colectiva, ha estado ausente de América. ¿Por qué no ha surgido una filosofía americana, hispano-americana, que es la disciplina meditativa por excelencia?

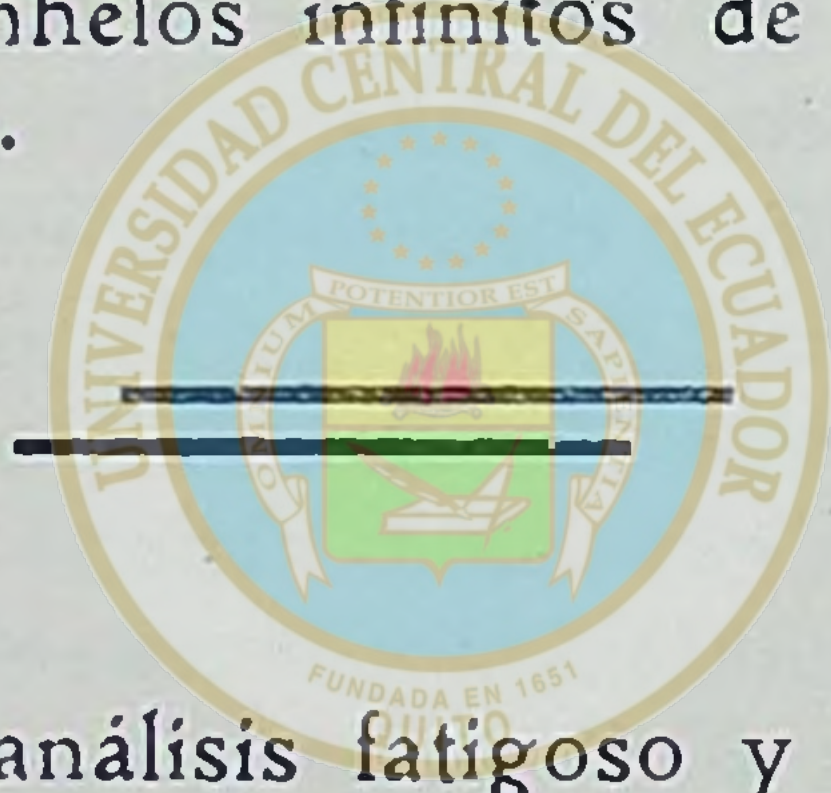
Nuestras naciones, pues, son estructuras sociales en proceso de formación conciencial. Apenas nos hemos quedado —salvo los pueblos que recibieron vigor europeo auténtico— en la esfera emotiva, exaltada, violenta.

Por otra parte, el aislamiento eterno de nuestros grupos humanos, la dispersión total de los hombres, merced a la escasa densidad de nuestras poblaciones con relación al territorio, ha originado también en casi todos los países de América el desarrollo del localismo, es decir, una especie de estructura simplemente familiar, extrafamiliar, con su ambiente propio, en abierta oposición a sentimientos mayores como el de la nacionalidad. Es frecuente observar estos fenómenos, que agravan el problema de integración universal de energías en pro de un fin común: más fuerte, más acentuado se manifiesta el arraigo local, con color de ambiente definido, que la mera realidad sentimental de una patria más grande.....!

Pero hay aún un gravísimo aspecto desfavorable para el progreso del ideal nacional: la coexistencia de agregados humanos, junto al blanco o al mestizo socializados. Son aquellas masas indígenas de la mayoría de los países americanos. Su forma social es esencialmente rudimentaria y se mantiene con levísimos contactos —los de orden económico— con las colectividades urbanizadas. Si el campesino tiene una sociabilidad inferior a la del hombre de la ciudad, el indio está aún más lejos en este sentido. Y el resultado tiene que ser negativo para una socialización unificada, general, tal como conviene a la nación. El indio forma agregado aparte, con caracteres suyos, propios; traza su camino de desarrollo lento, así objetiva como subjetivamente considerado. De tal modo que el indígena en nuestros pueblos, sobre todo en los nuestros de características bolivarianas, constituye una masa amorfa para la nacionalidad, ya que su organización como estructura social no rinde sino escasas manifestaciones de vitalidad efectiva.

El concepto clásico de la nación, como pensara Pi y Margall, por ejemplo, compuesto de factores múltiples —raza, religión, idioma, historia, costumbres, y sobre todo aquel mis-

terio de la conciencia común— puede encuadrar bajo el nombre de lo social, de los componentes extrínsecos e intrínsecos de una sociedad. Pero estos factores, en el caso americano, o constituyen una relativa unidad continental, con pocos matices diferenciales, o no se han perfilado realmente como estructuradores de nacionalidad. Si lo uno, debiera existir un fondo común americano —especialmente en lo que toca al pasado histórico— que permitiera llegar a análoga realidad nacional, a una Panamérica rotunda y firme. Si lo otro, hallaríamos un caos social cuyas consecuencias serían negativas en el sentido de forjar conciencia de un mundo nuevo. Porque el fenómeno espiritual colectivo, en último término, decide de la contextura sociológica de los pueblos. Y la conciencia es un complejo formidable que escapa a la simple consideración formalista del presente: la conciencia es, en las colectividades, una misteriosa mezcla del pasado, del pasado vital profundo, con anhelos infinitos de porvenir, de futuro inmediato y necesario.



Después de un análisis fatigoso y de ninguna manera completo de tan vasto problema sociológico, nos restaría intentar una síntesis concreta de la realidad nacional americana, formulando conclusiones al respecto. Nos atrevemos a hacerlo:

1º. Quienes han estudiado el problema nacional, han tropezado siempre con el escollo inevitable de lo político absorbente y demoledor de toda manifestación social, simplemente social, que es la primera fase de la nacionalidad. De tal manera que surge el Estado americano antes que la nación americana. Si al Ecuador concretásemos el asunto, tendríamos que apreciar igual fenómeno. Así lo han comprendido y estudiado, entre otros, dos distinguidos Profesores de nuestra Universidad, señores doctor Rodrigo Jácome M., en su «Derecho Constitucional Ecuatoriano», y Licenciado Humberto García Ortiz, en su tesis previa al doctorado. Para ellos — como para nosotros, en parte — el fenómeno nacional ecuatoriano, la nación como armadura sociológica, está supeditada al Estado. Hay una especie de sostén coactivo, fuerza polí-

tica, mando o poder público, que diría Duguit, empeñado en hacer nación: algo como gestión desesperada por mantener cohesión demográfica, por unificar deseos, por crear ambiente, por forjar opinión al amparo de mal disimulados gestos bruscos de nuestra política. Ello no ha podido alcanzar sino un grado de simple emotividad colectiva, unificada en arrebatos de esperanzas o nivelada por iguales decepciones.....! La nación ecuatoriana es fruto de un pasado muy corto y, por lo mismo, sin madurez histórica suficiente para enraizar en las profundidades de una vida de grupos sin homogeneidad étnica ni psíquica. Sin pasado —porque el nuestro es aún presente— y apremiados para mostrarnos a tono con realidades europeas, realidades integrales, el Estado nacido al calor libertario de hace cien años quiere asentar su vigor en el respaldo de una entidad colectiva, de un grupo humano sobre el que ejerce de hecho imperio y mando. El proceso político nuestro —como en los demás países— se adelantó al social, dejándolo atrás. De allí la desconexión cierta de ambos fenómenos; la política, pues, sin amparo social, se refugia en centros de resistencia artificiales, llámense partidos o camarillas o círculos minoritarios. Resultado: la acción política no halla eco social de ninguna naturaleza, porque no consulta la auténtica realidad en donde actúa.

2º. La sociedad —nación, para ser tal, exige contenido espiritual preponderante y, además, la verdad de comunes afa-
nes y hechos pasados, así como gestión de futuro, de porvenir. «La masa es siempre una apariencia de actualidad, pero la nación encierra en sí la conciencia de la labor y hechos de los antepasados y los intereses de las generaciones futuras» — dice a este respecto el profesor alemán Hans Von Eckart. La masa es anterior a la sociedad, en valoraciones sociológicas de sus contenidos humanos. Si aún somos masas en América, falta que ascendamos a sociedades: el camino nos lo dará la misma vida con su orientación irrefutable: la de la época que vivimos. Y la política, verdadera política, irá buscando apego y horizonte en un desarrollo natural de las sociedades. La política será de presente, de actualidad, porque toma a cada paso el pensar y el sentir colectivo en el instante de su superación definitiva, y no será de ayer, porque ello entrañaría alteración inmediata de un proceso necesario. La política alemana actual, por ejemplo, no está a tono con la realidad social de aquel pueblo: la dictadura —toda

dictadura, que es atentado contra la democracia, como acerbamente dice Francisco Nitti— suele poner mordaza a los pueblos para que no denuncien al mundo su hora, su minuto cultural en que tal regresión política se produce. Lo social debe evolucionar: de la entraña social surgen los arranques acelerados que tienden a las revoluciones políticas, cuando el Estado no está a compás con las realidades sociales. Tal es el caso de Rusia y también el caso de España. Pero no como pasa en América: la revolución tiene sentido de mera rebelión, de cuartelazo, sin bautismo social efectivo. Nace de arriba, de las estribaciones de la misma política, y no del fondo de los agregados humanos que informan las sociedades americanas.

3º. Es hecho cierto que los pueblos de nuestro continente, en especial los de la costa del Pacífico tienen igual factor humano, componente demográfico común. Hay una identificación y acomodamiento— adaptación— al medio circundante; hay una relación estrecha con el suelo, relación mesológica que imprime rasgos diferenciales a los agregados humanos. Puede anotarse la circunstancia evidente de sentirse más pronto, al pasar por América, la frontera política antes que la frontera nacional, entendida ésta como separación profunda, de naturaleza social, entre colectividades humanas. Pueblos hermanos nos llamamos sentimentalmente, porque nacimos del mismo vientre ubérrimo de España. Después, el caudillismo continental y las dificultades naturales de intercomunicación, ahondaron divisiones más políticas que otra cosa dentro de la familia americana. Así hizo notar —talvez entre los primeros— José Vasconcelos en su «Indología» y «Raza Cosmica». En cuanto a la constitución social americana, de estructura individualista, egoísmo de grupo, localismo, «provincialismo y cantonalismo» —como llama Juan B. Terán, en su «Salud de la América española»— y en último término, nacionalismo, se caracterizan por el aparecer lento de solidaridades sociales, pero solidaridades de estrechamiento ancestral, hasta endogámico, trasunto fiel de organizaciones primitivas, estructuras familiares cerradas, por más que el autor antes citado, ilustre Rector de la Universidad de Tucumán, quiera desconocer tal origen social para nuestro continente. Pero por encima de estos círculos de gestación de energía colectiva, energía evidente pero que no trasciende, no se expande ni se desarrolla fuera de los límites de su medio, existen

fuerzas mayores, de tendencia universal en América: la religión y el fenómeno económico: la una, que trata de suavizar relaciones intercolectivas, ya que seríamos hermanos trascendentalmente considerada nuestra progenie humana; la otra —lo económico— polo antagónico, positivismo irrefutable, que obliga a los hombres a entrar en comercio, darse las manos, aunque sus espíritus estén sin aproximarse, y que exige el mutuo trato y el común entendimiento. Estas dos fuerzas, a más de vinculaciones de otro orden, obran en sentido positivo para la socialización americana. La política continental, cuando ella sea científica, hará uso de estas realidades de acercamiento colectivo.

4º. La nación necesita de arraigo en el pasado, un pasado auténtico que le sirva de base, de sostén efectivo para la modelación de la estructura social que se gesta en su seno. En América hemos creído que el pasado solamente arranca desde la conquista española, porque así mismo hemos creído que la nación tiene matiz esencialmente español. Con la emancipación política continental, encontramos deseos de renunciar hasta ese corto pasado nuestro, en una como hosca represalia contra todo lo que era ibero y europeo. Y ante tamaña situación, sin apoyo tradicional, sin raíz en el ayer histórico, buscamos compensación volviendo los ojos hacia nuestro pasado precolonial. No puede explicarse de otra manera el afán nuevo del mundo hispano-americano de hacer campaña indigenista, de estudiar nuestro aborigen, de revalidarlo. Pero entonces, hallamos que junto a esta nacionalidad mestiza, ha existido además una estructura social indígena, una especie de nación aparte, sin enlaces con la otra, sin vinculaciones de ninguna clase. ¿Podemos subsistir formando dos nacionalidades sin contacto, a pesar de convivir en el mismo suelo?.....

Por otra parte, la acción de los pueblos americanos, acción arrancada de la realidad de su independencia, se halla también sin contacto con la época colonial. En la colonia podemos encontrar gestación social, aunque lenta e incompleta. Pero desde la instauración de las repúblicas nuestras, es decir, apurados continentalmente por constituir estados soberanos, porque jamás hemos pretendido quedarnos muy atras de Europa, nos olvidamos de conectar acciones de índole social, en períodos distintos, políticamente considerados, pero un solo proceso, una misma vida colectiva que exigía con-

tinuidad y ordenamiento sistemáticos. El apremio, la urgencia política de América, cortó el cordón umbilical de nuestra formación social estructurada en formaciones nacionales más o menos diferenciadas, tal como comenzó a realizarse en los últimos años coloniales. La política, y solamente ella, con la dureza infranqueable de su acción americana, no ha propiciado la formación nacional. En vez de formarla, quizás la deforma, en este aspecto sociológico de la constitución nacional.

5º. Si el porvenir económico de América está supeditado a un desarrollo de las fuerzas sociales, en el sentido de un mejor aprovechamiento técnico de los bienes que posee —la tierra—, es obvio imaginar el futuro desenvolvimiento de la nacionalidad. México comienza a hallar el contenido ético y social de su pueblo, desde la revolución del año 10, es decir, desde la reforma agraria. Argentina hace nación con base de agricultura; la pampa —ya lo dijimos— atrae no tanto a los turistas, sino a los colonos e industriales europeos. Los demás países pueden hacer lo mismo, si se instaura una política agraria e industrial de mejor orientación, dejando la política feudalista y medieval que tenemos aún. En efecto, la nación, es decir la sociedad nacional, tomando su contenido integral de agregado humano y su territorio, pero su territorio, solamente alcanza sentido positivo de valor sociológico cuando ejercita una misión histórica, cuando llena un ciclo de su vivir social dentro de los marcos de una cultura determinada. Pero la cultura se supedita también al criterio necesario de una confrontación histórica; la cultura es estrategia vital, táctica o técnica para dominar a una época. La cultura —como define Aloís Dempf— sigue el rumbo de la historia, o acaso mejor, el de una filosofía de la historia. «Cultura animi philosophía est», enunciaba Cicerón, correspondiendo su definición al ciclo histórico de la civilización greco-romana. Pero la cultura actual, siglo de perplejidades, etapa de positivismo, edad de la técnica, de diferenciación profesional, según el decir de Dempf, en su «Filosofía de la Cultura», necesita perfilar su ciclo histórico en condiciones fuertes. Y estas condiciones son de matiz esencialmente económico. De modo que la cultura nueva, como pensara Marx, se concreta en desarrollo de las energías de los pueblos, energías vitales, económicas, cuya culminación ha de forjar un ideal de justicia social hasta hoy inalcanzada. «Carlos Marx ha sustituido la

evolución dialéctica espiritual de Hegel por la dialéctica real, el progreso del espíritu y de la libertad por el de las formas económicas» —dice Aloís Dempf, en el magnífico libro a que nos hemos referido—. Tal es, pues, el nuevo horizonte cultural para los pueblos. No queremos referir nuestro proceso americano a un monismo determinista, quizás exasperado y violento; pero que el fenómeno económico se halla enraizado en el vivir actual, determinando acciones individuales, colectivas y estatales, sobre toda otra actividad humana, eso es de una evidencia suprema. Luego, es imperativo para las colectividades, en todas las esferas de su evolución social, hasta culminar en el Estado político, formular las bases necesarias para este proceso económico que se impone en la hora presente. El hombre acata, entonces, la pulsación universal de cada época histórica. Lo mismo hacen las sociedades: ponerse a tono con su realidad, con la realidad del momento en que vive la colectividad. Los pueblos fueron predominantemente religiosos en un ciclo de su vida: el sacerdote era la representación simbólica de aquella edad: el Estado tenía que ser de estructura religiosa. Más tarde, esos mismos pueblos cambiaron su faz mística por el predominio guerrero: el soldado fué su símbolo: el Estado era la fuerza, fué militar. Pero la evolución humana alteró el sentido de los valores sociales; surgió un poder mayor que todos los poderes, el económico: las sociedades fueron de estructura económica y el burgués sería su prototipo: el Estado se hizo capitalista. Entonces, ¿para qué anunciar ahora la nueva faz que se ha perfilado ya en la historia y que se siente en la conciencia de los pueblos?.....

La nación americana deberá modelarse de nuevo, creando valores, formando energías, implantando sistemas. Tratará de emancipar la acción plenamente social de la absorción de lo político. El estado ha de seguir el ritmo de la historia: ha de hacer política nacional, es decir, encauzamiento total de la energía colectiva por caminos de mejoramiento. No ya política para *masa*, es decir, mano férrea y voluntad despótica; sino política para *sociedad*, es decir, guía ética para avanzar hacia la felicidad colectiva.

Día llegará —creemos— en que los cafeteros de todo el mundo, por ejemplo, se sientan vinculados por determinaciones económicas precisas que quizás habrán de ponerse en pugna con las limitaciones políticas de los Estados. Lo mis-

mo harán los mineros, los petroleros, los industriales, etc. Es decir, la diferenciación profesional que se impone en esta hora del mundo. La nacionalidad, pues, será hecha a base de estas divisiones de trabajo. La nacionalidad, que es sentimiento, o que puede ser conciencia de pertenecer a un grupo humano conocido, bien fácil es que altere sus requisitos taxativos, exigiendo además la unificación económica precisa. Entonces, surgirá una lucha fatal: el amor, la vinculación al suelo, al pedazo de mundo nuestro que desde niños se nos adentró en el alma, pero que se nos adentró de diverso modo, según la cultura y educación que recibimos, y los apremios de la vida, el dolor inmenso y real de hacer efectiva nuestra existencia, allí donde se nos ofrezca mejores ventajas, mejores horizontes. Lucha entre el sentimiento de apego, de arraigo al suelo, y el afán iconoclasta de plasmar en realidad nuestra propia vida.

Del resultado de esta lucha —lucha que se perfila ya en el mundo— habrá de asomar una nueva faz de la nacionalidad. Y al Estado, si no implanta reformas en este sentido moderno, acaso le toque una agonía necesaria. ¿Ahora mismo no se asienta el criterio del Estado en la consideración sindical, esto es, en la división ordenada de los servicios públicos que administra y controla?.....

América debe revisar su pasado para proyectar acción infinita hacia el porvenir. Porque el presente es apenas una cópula entre dos etapas vitales: la que se fue en el misterio del tiempo y la que surge en la eternidad del devenir.